

EL INDIVIDUO Y LA COMUNIDAD EN LA POSMODERNIDAD Y EL GLOBALISMO

Osmar Gonzales y Mario Constantino Toto

Resumen

Los autores verifican que existen muchos significados acerca de la posmodernidad, para luego indagar en la idea que tiene sobre el individuo y la comunidad en el tiempo actual de la globalización. Lo que buscan es establecer un concepto mínimo de posmodernidad que lo vincule a un pensamiento que recupere el sentido humanista de la reflexión actual.

Palabras clave: Posmodernidad, globalización, metarrelatos.

Abstract

The authors verify that exist many meaning about postmodernity and investigate on the idea about individual and the community in this time of globalization. They search to establish a minimal concept about postmodernity that connect it to a thinking that recover the human sense of actual reflection.

Keywords: postmodernity, globalization.

Una de las mayores dificultades para abordar la posmodernidad se refiere al exceso de bibliografía que trata de explicar el sentido de un término y de un horizonte de reflexión altamente complejos. La noción misma de posmodernidad conlleva un debate inacabado: para algunos, muerta desde el momento de nacer; para otros, potente herramienta teórica del pensamiento libre de holismos. En suma, el debate alrededor de la posmodernidad implica a diversos órdenes de la vida social e intelectual contemporánea, que están en un proceso permanente de redefinición y precisión y, por ende, continúan en la agenda intelectual.

Esta súper producción teórica alrededor de un pensamiento va más allá de la discusión sobre la viabilidad del proyecto mismo, es mucho más que una simple moda. Desde el punto de vista filosófico tiene profundas raíces que se encuentran en los debates sobre los límites del conocimiento, de la crisis de la razón, de la metafísica o de los sistemas, sobre la renovación del relativismo o del escepticismo, entre otros. El ingreso de la filosofía posmoderna ocurre en un momento histórico antecedido por los grandes sistemas modernos: después de la crítica kantiana y luego de la crisis de la racionalidad en los campos político, económico y científico.

Frente a este debate, que trata de replantear las preguntas fundamentales de la filosofía actual, ha

habido también una banalización y un abuso del término por medio del cual a la posmodernidad se le han achacado las derrotas del pensamiento iluminista en favor de un giro lúdico y performativo (frívolo, en consecuencia); la crisis de los sistemas de representación democrática a favor de opciones conservadoras (la estrategia del individualismo radical, entre otras); así como la crisis de la cultura occidental, como señala Gianni Vattimo.

Resulta evidente que alrededor del término posmodernidad existe una pluralidad de sentidos, muchos de los cuales han servido para banalizar la profundidad de esta postura. Un primer ejercicio reflexivo, previo a ingresar en la discusión de las relaciones entre posmodernidad y globalización en el horizonte de un replanteamiento de la relación individuo-comunidad a fin de siglo es, precisamente, el de esclarecer los orígenes del concepto y tratar de explicar sus peculiaridades.

El posmoderno, un concepto expansivo

El término posmoderno ingresa en el pensamiento occidental por lo menos en 1917, con el texto *La crisis de la cultura occidental* de Rudolf Pannwitz. Ahí se pueden encontrar algunas trazas de lo que después caracterizaría a este horizonte de pensamiento: el autor, al referirse a la imagen del hombre posmoderno, lo describe como un individuo forta-

lecido por el deporte, consciente de su nacionalismo, celosamente religioso, educado militarmente, un justo medio entre decadente y bárbaro, salido de la revolución radical del nihilismo europeo (Huysen 1986).

Justamente esta última característica es lo que acerca al hombre posmoderno de Pannwitz con el superhombre de Nietzsche: ambos superan la decadencia y el nihilismo de la modernidad europea. Este tipo de imagen será precisado con el transcurrir del tiempo gracias a la figura del narcisista de fin del siglo XX, dedicado a la deriva intimista, con un fuerte culto al cuerpo y con anclajes e identificaciones cada vez más acotados y localizados en ambientes sociales reducidos (las nuevas religiones, la emergencia de los etnicismos y los regionalismos, entre otras cosas).

En la emergencia de este perfil del individuo posmoderno tendrá una fuerte influencia la crisis de la última institución de «religiosidad secularizada» representada por el estado benefactor, dado que su crisis será la facilitadora de posturas cada vez más relativistas y autorreferidas de la satisfacción de necesidades (físicas y espirituales) y de una mejor calidad de vida.

En la historiografía inglesa, el término posmoderno es introducido por Somerwell en un estudio sobre la obra de Arnold Toynbee. Con él se estaría indicando la fase actual de la cultura occidental, descrita por el cambio de política desde un pensa-

miento nacionalista-estatal hasta la interacción global. La llamada eclosión de los nacionalismos en Europa del Este al fin del socialismo real, así como la vuelta de las temáticas de identidad etno-racial o etno-cultural en un mundo cada vez más interconectado por la reproducción global del capital y el desarrollo de las tecnologías informativas y de consumo, dan cuenta del cambio en el pensamiento nacional-estatal a favor de un esquema reflexivo que se caracteriza cada vez más por su orientación mundial.

Por otro lado, en la escritura estadounidense el término es empleado para designar a la literatura del presente que, según Irving Howe en 1959, se caracteriza por el adormecimiento y abandono del poder innovador, en un sentido negativo. A mediados de la década de los sesenta al término posmoderno se le connota con un sentido más positivo en la teoría literaria. Por medio de él se designaría a un tipo de literatura de masas, sentimental, popular y romántica, por oposición a la literatura de élites e intelectual de la modernidad. De este modo, el término pasa a significar, también, pluralismo de lenguajes, de modelos, de formas de expresión.

Si uno observa la producción intelectual de los setenta y ochenta, encontrará una suerte de lúgubre celebración del espíritu de las masas y su carácter estático (Baudrillard y Maffesoli, entre otros). Parece haber una reconexión entre la lla-

mada sensibilidad popular y las manifestaciones públicas de la llamada –en aquella época– sociedad del consumo.

Ese mismo significado es el que se incorpora a la arquitectura posmoderna en Estados Unidos. Para Charles Jencks, esta se caracteriza por usar diferentes códigos: elitista y popular, moderno y tradicional, internacional y regional. Usos semejantes del término se encontrarán en otras artes: danza, pintura, música. En la filosofía, el término ingresa de manera tardía y siempre a trasmano de los debates sociológicos sobre el rol e influencia de las nuevas tecnologías en las sociedades del futuro.

Posmodernidad y modernidad

Lo primero en destacar es que esta postura de heterogeneidad y de indecibilidad de una unidad originaria se contrapone –sin negarlas– a las visiones unitarias de la modernidad; empero, estas características generales de la posmodernidad no son en absoluto antimodernas. Más bien, son el resultado de la modernidad misma en más de un sentido.

En primer lugar, porque son una ruptura radical con puntos de partida absolutizados (casi sacralizado) que la modernidad había sustentado a pesar, incluso, de su afirmación de lo humano y lo mundano (la religiosidad secular, la creencia en la fuerza de la razón instrumental, la lógica del dominio, entre otras cosas).

En segundo lugar, porque a las ideas sustentadas por la posmodernidad se ha llegado merced al desarrollo de ideas tan modernas como la ciencia y la técnica. Podría afirmarse, junto con Rovatti (1998), que el pensamiento posmoderno es, ante todo, un pensamiento del *ritardo*, un espacio específico y una exigencia del pensamiento. En otras palabras, la filosofía posmoderna contiene en sí misma los elementos de una filosofía del después... de la metafísica, de los sistemas de pensamiento tipo Hegel. Se trata de lo que Derrida, en varios de sus textos, ha denominado el dilema del suplemento: pensar habitar un pensamiento con un retraso tal que impide aprehender su inmediatez y su carácter relativo, lo que lleva al dilema de habitar una paradoja y tratar de interpretarla.

Si tradujéramos esta perspectiva a los diversos campos de la vida social, podríamos afirmar que los relatos interpretativos no necesariamente son legítimos pero sí plausibles. De este modo, la codificación de la vida social se mueve en la diversidad interpretativa y en la multiplicidad de estrategias de los actores (sean sujetos o instituciones). De este modo, se puede leer una acción concreta no sólo desde lo visible, sino también desde lo ausente o subordinado. La posmodernidad, más allá de su carácter epocal, estaría afirmando la relatividad de los saberes y de las acciones: no hay intencionalidades únicas y mono-

direccionales, sino hetero-direccionales y azarosas. Es lo que algunos autores próximos a la teoría social (Beck y Grödel, entre otros) han consignado como la era de la incertidumbre.¹

Desde esta perspectiva, la posmodernidad ha colocado el acento en el rol de la escritura para el pensamiento, haciendo hincapié en la imposibilidad de ser ingenuos al leer o al escribir. Despojarse de la ingenuidad supone colocarse en una fórmula tripartita del tipo de la enunciada por Lacan: «el sentido de mi práctica se recoge de aquello que se elude; por aquello que se elude debemos entender aquello que se escapa de un barril, como el vino que se pierde por un agujero pero no para despedirse a la francesa». Esta fórmula revela tres dimensiones analíticas.

- Primero, el sentido del sentido de las prácticas radica en lo que huye, en lo que se elude y nos conduce a una primera atribución de verdad, creíble o no, desde donde todos los sujetos son o pueden ser objetivados.
- Segundo, se construye un juego entre ese agujero que no es posible observar directamente y por el que todo lo que se escapa no es gratuito (el olvido).
- Y, tercero, se construye un juego que es al mismo tiempo divertimento y seriedad, y desde donde se ubica al pensamiento, la palabra y la escritura (la ironía). Desde este lugar de enuncia-

ción, una característica de la posmodernidad sería precisamente el descentramiento de la razón colocada en el sujeto y en su capacidad de control y gestión de la totalidad del mundo (físico, social y simbólico) por medio de la razón instrumental.

Que la posmodernidad a través de los relatos que estructura dé cuenta de los no lugares, de lo no dicho, del vacío, no supone una lectura centrada en la derrota del pensamiento (Finkielkraut 1987), sino ubicada en la crisis de una modalidad específica del pensamiento, el de la razón instrumental. Por lo demás, el auto-atribuido nihilismo de la posmodernidad no es sino el efecto colateral de la crisis del entusiasmo (en sentido kantiano) que emergió en medio de la crisis del estado benefactor de mediados de los sesenta en adelante.

La mirada posmodernista y la crisis de los metarrelatos

Un elemento importante que ayuda a entender la crisis de los intelectuales con pretensiones generales es el pensamiento llamado posmoderno. Este tiene como elementos claves que guían sus propuestas teóricas el señalamiento del fin de los metarrelatos o explicaciones totales, como lo enunciara Jean Francois Lyotard (1989), lo que cede el paso a los relatos localizados². Se trata de la experiencia de un tiempo reducido, efímero, en el que desapa-

rece el elemento utópico y en el que tiempo y espacio se funden en el momento presente; donde el hombre vive siempre al borde del riesgo, del vacío y del cambio constante y que manifiesta una pérdida de la imagen de destino o de un futuro deseado. Bajo estas condiciones, el individuo, como tal, debe vivir sus circunstancias y aprovecharlas al máximo, en una carrera desenfrenada y casi sin tiempo para la autorreflexión.

Frente a tal panorama es importante tratar de esclarecer una definición mínima del concepto de posmodernidad para, desde ahí, tratar de aproximarnos a sus rasgos más generales y a las relaciones que establece, desde el punto de vista filosófico, con la globalidad y el rol del individuo y la comunidad. Para ello, partimos de la premisa de que la noción de posmodernidad hace un *ingresso inaugural* en la reflexión filosófica en el texto emblema de Jean François Lyotard, *La condición posmoderna* (1989). En éste, que es un informe presentado al consejo universitario del gobierno de Quebec, el autor expone los cambios que habrán de esperarse en el ámbito del saber en las sociedades posindustriales por influjo de la informática.

Lo central del alegato de Lyotard es el rol que la tecnología tiene en la producción, circulación y conservación de los saberes en el mundo contemporáneo. El principal salto que se puede identificar en tal proceso es que el principio tradicional,

según el cual la adquisición del saber es indisoluble de la formación del espíritu y de la persona ha entrado en una espiral de marginalidad. De este modo, el denominado saber posmoderno se caracterizaría por no depender del valor formativo que proyecta sino por su inserción en un esquema de mercado del tipo conocimientos de pago-conocimientos de inversión (Lyotard 1987:1319). Esto tiene efectos directos sobre los fundamentos de la legitimidad del saber en las sociedades modernas.

Lo primero que destaca Lyotard es el cambio en el sentido de las legitimaciones y la crisis a las que se ven sometidas frente al cambio en la unicidad de saber-sujeto-razón-moral. Si se descompone esta tétada se encontrará la crisis de tres grandes formaciones discursivas de la modernidad clásica:

- 1) la metanarrativa de emancipación de la humanidad en la Ilustración;
- 2) la teleología del espíritu en el idealismo; y
- 3) la hermenéutica del sentido en el historicismo.

Para Lyotard, estas tres formaciones están ampliamente superadas a través de lo que puede denominarse la crisis del modo de unificación de los relatos³ o, en términos más próximos a la sociología, de los campos⁴.

Es importante destacar que la idea según la cual no existe una sola imagen o narrativa que logre dar orden y coherencia a la totalidad de

las formaciones discursivas de la modernidad, constituye el imperativo por medio del cual se comienza a trabajar en los fundamentos del discurso como productor del evento del Ser (Derrida). Desde esta perspectiva, la pregunta sobre los fundamentos últimos de sentido o la raíz del Ser en la filosofía posmoderna es cambiada por la interrogante sobre la posibilidad de que exista un fundamento último en la constitución del sujeto.

En esta línea, el otro texto clásico de Lyotard, *La diferencia* (1992), pondrá en evidencia la multiplicidad de juegos de lenguaje que se desarrollan en el devenir de los individuos y la ausencia de una cualidad unificadora en cualquiera de ellos. La evidencia de una ausencia de fundamento devuelve a la filosofía preguntas relativas a la centralidad de la razón colocada en el sujeto y la distancia, entre la pretensión de verdad y justicia (Boltanski). Sin extendernos en la demostración lógica del argumento esgrimido por Lyotard, es importante discutir la proposición lógica que el autor realiza en el citado texto.

Además de insistir en la independencia de los campos narrativos y lingüísticos (proposición por la cual llega a la conclusión lógica de que la pretensión de verdad es distinta a la pretensión de justicia y con ello a la invalidación de la hipótesis de que cada acto de verdad es correlativo a un acto justo), Lyotard insiste en que dadas ciertas autonomías

(prescriptivas, gramaticales, entre otras) en las propiedades de los campos y los discursos, no puede haber una regla o metalenguaje capaz de subordinar a las demás. En esa medida, se presenta la proposición lógica de que toda legitimidad constituye una adhesión a término; es decir, que dado el relativismo de las proposiciones y reglas lingüísticas, todo juego es uno entre múltiples y es válido para quienes aceptan participar de él en los términos propuestos.

De lo anterior se puede extraer una primera conclusión en torno al carácter de la posmodernidad: al no existir reglas universales, toda regla es válida. Ello quiere decir que el mundo no está regido ni puede ser imaginado bajo ninguno de los tres grandes metarrelatos de la modernidad; por el contrario, cada campo, al definir las reglas de su autonomía establece los términos del intercambio con otros campos, sin que ello implique que alguno prime sobre los otros.

Ante este panorama de pluralidad e imposibilidad de reducción a una unidad originaria, algunos autores y críticos de la posmodernidad han encontrado el argumento para el pesimismo y la nostalgia de las visiones de totalidad. Lamentarse por la idea de que hemos perdido las visiones de totalidad equivale a lamentarse que el saber no sea principalmente narrativo. Detrás de este alegato puede encontrarse un rechazo casi cerval a *la pérdida del senti-*

do, pero consideramos que el hecho de perder las imágenes de totalidad no ha generado que los seres humanos vivan entregados a la barbarie. Por el contrario, lo único que queda en evidencia es que la legitimación de los saberes no proviene sino de su práctica lingüística y de su interacción comunicativa. Evidentemente, este carácter plural de la producción y legitimación de saberes debe ser tratado con cuidado, pues una visión superficial conduciría a la aceptación explícita de un relativismo radical. Con la indicación de la dimensión pluralista de los saberes se atiende más bien a la discriminación de los códigos de referencia al que son enfrentados individuos y grupos en la construcción de sentido.

Profundizando en el ejercicio de esclarecer lo que puede significar o implicar una filosofía posmoderna —como filosofía de la multiplicidad y lo situacional— se puede señalar que otro elemento central del pensamiento posmoderno —en la línea de Lyotard— se refiere al carácter conflictivo de las relaciones entre dos proposiciones o argumentos distintos por la ausencia de una regla de juicio aplicable universalmente. Distingamos, como primer paso, regímenes de proposiciones y géneros de discursos.

La proposición más corriente está constituida en acuerdo a un grupo de reglas (su régimen). Hay numerosos regímenes de proposiciones: razonar, argumentar, conocer,

describir, narrar. Dos proposiciones de régimen distinto no son traducibles la una a la otra, no pueden ser sometidas a la misma ley. Dado que los regímenes de frases son inconmensurables, a cada uno de ellos le corresponde un modo de presentación de un universo que es intraducible a otros (hay frases del lenguaje de la vida cotidiana que tienen doble sentido y que remiten a más de un universo).

Los géneros de discursos son, por ejemplo, dialogar, enseñar, solicitar, administrar justicia, la lógica, entre otros. Estos géneros de discursos son más complejos que los sistemas de frases, están estructurados según una determinada finalidad que les da unidad. Un género de discurso inspira o determina el eslabonamiento de proposiciones. Entonces, la pregunta que emerge es: dada una proposición, ¿cómo coordinarla? Un género de discurso suministra un conjunto de proposiciones posibles; otro género de discurso proporciona otras.

Como no hay un género de discurso ni régimen de proposiciones que tenga autoridad universal, un metalenguaje que pueda decidir a favor de uno u otro de los géneros, la elección de una concatenación se realiza a costa de sistemas de frases o de un género que son eliminados o subordinados. Es por esta razón que se puede decir que no existiendo un metalenguaje capaz de decidir, el conflicto y la injusticia son inevitables en la medida en que la

pretensión de validez sobre un argumento o una proposición presuponen *ex ante* un criterio de subordinación de sistemas de frases o géneros. En esa medida, la pretensión de validez no sólo se vuelve relativa, sino profundamente tensional.

Este ejercicio de explicitación del orden lógico gramatical que subyace al pensamiento posmoderno no intenta exclusivamente discutir la imposibilidad de la unidad originaria, también trata de mostrar que en la coordinación de una proposición con otra se juegan, tal como lo concibe la filosofía posmoderna, el pensamiento, el conocimiento, la ética, la política, la historia y el ser. Se trata de refutar el principio de que el hombre usa el lenguaje para sus fines. Para Lyotard, la heterogeneidad de proposiciones y de discursos tiene aplicaciones sociales y políticas, de ahí que el problema fundamental sea cómo fundamentar una praxis justa. Así, nos dice:

Como los seres humanos están situados [...] en regímenes de enunciaciones heterogéneas y atrapados por fines vinculados con géneros de discursos heterogéneos, el juicio que se formula sobre la naturaleza del ser social sólo puede realizarse según uno de esos regímenes o por lo menos según uno de esos géneros de discurso (1989:196).

El problema que se plantea es ¿sobre cuál de ellos? También aquí son la heterogeneidad y la irreducibilidad las que rigen. No se puede decir que la guerra o la lucha de cla-

ses sean más justas que, por ejemplo, un tribunal. Para Lyotard, la conclusión es que, por ello, en la elección no se puede tener como fin el bien, sino tan sólo el mal menor. De esta proposición se sigue que en la construcción del relato, la frase –según Lyotard– no quiere nada del hombre ni de sí misma por lo que no remite a un llamado ontológico donde el ser tiene necesidad del hombre, como en Heidegger.

Posmodernidad y posmodernismo

Como puede desprenderse de los argumentos ofrecidos, la posmodernidad alude a un periodo histórico de deconstrucción de los fundamentos de la razón centrada en el sujeto. En esta perspectiva, aparece como un estilo de pensamiento que rehúye las visiones clásicas de verdad, razón, identidad, objetividad; y se desliga plenamente de las narrativas de emancipación y progreso universales, así como de los grandes sistemas explicativos. Contra esa propuesta iluminista, la filosofía posmoderna considera al mundo como plural, contingente, indeterminado, inestable, fincado en un conjunto de culturas sin mayor conexión y de interpretaciones que engendra elevados grados de escepticismo sobre la pretensión de validez de las verdades absolutas, la historia, las normas, lo dado por evidente de las naturalezas (particularmente la social) y la coherencia de las identidades.

Todas esas posturas, así como su argumentación filosófica, surgen en un contexto histórico social definido por la emergencia de un capitalismo que gira alrededor del mundo de la tecnología, el consumismo, la preminencia de la industria cultural, las finanzas, los servicios y la información, que triunfan sobre las manufacturas tradicionales. Del mismo modo, es un periodo donde la política de clases es sustituida por las políticas de la identidad. En este contexto es donde se inserta el posmodernismo como propuesta cultural que refleja algo del espíritu de época en un arte descentrado, sin fundamentos, autorreflexivo, ecléctico y pluralista que rompe con las barreras genéricas entre alta cultura y cultura popular.

La posmodernidad alude, ante todo, a la reflexión intelectual derivada de un periodo histórico concreto de profunda transformación de la estructura del capitalismo mundial y, con ello, de transformación de las modalidades de abordar fenómenos cada vez más diseminados y efímeros en la vida corriente de las sociedades.

Lo importante ahora es saber, después del recorrido por el sentido imputado a la posmodernidad desde la filosofía, si aun es posible, como señala Magda Rodríguez (1998) mantener las reglas epistemológicas del espacio social (definición de agentes y cambio), del conocimiento (interpretación y transformación de la realidad), de la ética (pervivencia de valores y dimensión moral), de la estética (criterios) sin recurrir a una fundamentación fuerte.

Tal como hemos visto, la filosofía otorga a la posmodernidad el dudoso privilegio de desvelar la ausencia de fundamentación última de sentido. Esto equivale a señalar la carencia de pretensiones universales en los contenidos narrativos de los individuos y colectividades. La pregunta podría reformularse en el sentido de averiguar, después del huracán abismal de lo posmoderno, qué queda para establecer mínimos de verdad, sujeto, realidad, justicia, libertad y autonomía, en la búsqueda de bienestar personal y social, y en el uso de la razón misma.

BIBLIOGRAFÍA

- Finkelkraut, Alain (1987). *La défaite de la pensée*, Gallimard, Paris.
- Huyssen, Andreas (1989). «Guía del posmodernismo», en Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad-posmodernidad*, Punto Sur, Buenos Aires.
- Lyotard, Jean François (1987). *La condición posmoderna*, Tecnos, Barcelona.
- (1989). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid.
- (1992). *La diferencia*, Gedisa, Barcelona.
- Rodríguez, Magda (1997). *El modelo Frankenstein*, Tecnos, Madrid.
- Rovatti, Pier Aldo (1998). «Pensamiento y escritura», en Magda Rodríguez y María Africa Vidal (eds.), *Y después del posmodernismo ¿qué?*, Antrhopos-Generalitat de Valencia, Barcelona.

NOTAS

- ¹ Incertidumbre, en la medida en que frente a la determinación electiva característica de la modernidad (elección unívoca con resultado previsible); el zeitgeist de este fin de siglo es que la probabilidad de elegir cursos de acción es cada vez mayor, sin que ello necesariamente suponga que el resultado esperado se produzca. Se introduce un ambiente de incertidumbre previo al curso de acción a elegir y entre el curso de acción y su resultado; de ahí que el modelo binario de medios-fin tan caro a la modernidad es sustituido por un esquema tetraédrico incertidumbre-medios-riesgo-fin en donde este último es abierto e indeterminado.
- ² En esta propuesta, Edward Saïd sólo ve falta de inteligencia o una gran flojera intelectual, simplemente.
- ³ Al utilizar la categoría «relato», se hace referencia al tipo de formación dis-

cursiva que en sí misma constituye una modalidad de marcar fronteras entre distintos objetos de la vida social (incluido el relato mismo) por el modo en que son enunciados. Cuando se afirma que hay una crisis de unificación de los relatos de la modernidad, se indica que el sentido unívoco con el que pretendidamente esos relatos eran organizados (emancipación, fundamentos últimos) se diluye en favor de la diáspora y la relativa autonomía de las reglas de construcción discursiva.

⁴ Utilizamos la noción de campos no en el sentido atribuido por Pierre Bourdieu sino en términos estrictamente performativos o de mostración; esto es, los campos como espacios autonomizados de articulación sociocultural, sin centralidad sobre un objeto particular, cosa que se distancia de la postura del sociólogo francés, para quien en el fondo el relato sigue siendo el poder simbolizado en diversas formas del capital.